



T3C08

ASERTIVIDAD CULTURAL: UNA ACTITUD OPERATIVA PARA EL AQUÍ Y EL AHORA.

Cristián Fernández Cox.

Para una operativa más fecunda respecto del tema de una arquitectura con identidad, creo que conviene partir de algunas observaciones básicas.

1. La primera es tomar conciencia de que el modo de abordar el tema, es distinto si lo hace un arquitecto historiador o un sociólogo, que si lo abordamos los arquitectos diseñadores. Los primeros se enfocan en hechos ya sucedidos, y por tanto ya configurados y cerrados; y disponen de la perspectiva de conjunto y de la decantación de los hechos que otorga la distancia en el tiempo. Así, ellos pueden organizar conceptualmente lo más relevante y caracterizar el sustrato de lo sucedido.

Este aporte de historiadores y sociólogos, es indispensable para que nosotros los arquitectos diseñadores, podamos entender la lógica interna de los fenómenos de identidad en arquitectura (y los fenómenos de la arquitectura en general). Ya que no se trata de una mera secuencia mecánica de influencias de las formas arquitectónicas del pasado sobre las del presente, según se implica en las falacias de la “arquitectura autónoma”, sino que se trata de fenómenos culturales que radican en los seres humanos involucrados: los arquitectos que hicieron los edificios, y los habitantes y comitentes de las sociedades que los encargaron –los edificios no se hacen solos.

Más de una vez he oído la falacia “autonomista” implícita en dar por sentado que la identidad de la arquitectura mexicana contemporánea por ejemplo, es básicamente una continuación secuencial de la su magnífica arquitectura precolombina. Esta explicación que suena tan lógica y tiene algunos ejemplos muy buenos –como el bello Museo Rufino Tamayo– es sin embargo insuficiente. Ya que la arquitectura precolombina nada explica respecto de la arquitectura de un Barragán o un Legorreta. Ni menos explica la magnífica arquitectura moderna de un país como Brasil...

que carece en absoluto de arquitectura precolombina. Y si vemos el otro caso de arquitectura precolombina de alta calidad como el del Perú... nos encontramos con que su arquitectura contemporánea no ha logrado la potencia de identidad de la mexicana. La explicación de la forma, solo a partir de la forma, es burdamente insuficiente. La arquitectura no es autónoma.

Hecha esta salvedad indispensable, podemos volver a nuestra observación inicial: el modo de abordar el tema de la identidad en arquitectura, es distinto si lo hace un arquitecto historiador o un sociólogo, que si lo abordamos los arquitectos diseñadores. Ellos se enfocan en hechos ya configurados, cerrados, y distanciados en el tiempo. Al contrario los arquitectos diseñadores, hemos de crear propuestas para realizar hoy, cada cual en su proyecto y caso particular: “aquí y ahora”, cada día en nuestro tablero de dibujo.

¿Qué hacer?

¿Tomar a toda carrera algunas “características de la identidad X de la arquitectura de nuestros países” definidas por algún experto y aplicarlas a nuestros proyectos? Es obvio que esto no resulta válido.

No es válido tomar características literales de la identidad arquitectónica del pasado –por ejemplo en Chile tomar las hermosas techumbres coloniales de teja de arcilla– porque las condiciones técnicas actuales, son en la gran mayoría de los casos, sustantivamente diferentes de las condiciones en las que surgieron dichas cubiertas de teja. Por lo cual, repetir las hoy mecánicas y forzosamente, contravendría totalmente el espíritu, la razón de ser y el sentido que tales manifestaciones culturales tuvieron en su momento.

Tampoco es válido tomar características de los que se puede llamar “el ser colectivo” de la identidad de una nación. No porque esta identidad no exista, sino porque a los efectos operativos, todo sustrato cultural es tan



complejo, rico e inasible, que cualquier intento de definición verbalizada, puede más oscurecer que iluminar su realidad. Así por ejemplo, aunque es válido afirmar que la identidad chilena en cuanto hija del barroco católico suramericano, puede ser más colorida que una identidad nórdica finlandesa... este “colorido” puede resultar muy engañoso, para quienes desde otro ángulo, comparan la “gris personalidad chilena”, con la “colorida personalidad brasilera”... o dentro del mismo Brasil, comparan la “parca personalidad paulista” con la “exuberante personalidad carioca”, etc. De aquí que a los efectos operativos del hacer la arquitectura, estas “características predefinidas” son de escasa utilidad.

Por ello cuando los arquitectos vemos la cuestión de la identidad, como la necesidad de “buscar” una especie de “listado predefinido de características X de identidad”, para luego “encontrarlas” y “recuperarlas”... nos enfrentamos a una misión imposible: esta “recuperación” es inherentemente inviable

2. Es inviable porque aunque los sustratos idiosincráticos culturales parecen ser bastante estables –las diferencias entre alemanes e italianos han sido y seguirán siendo reconocibles por siglos– las manifestaciones concretas en que se encarnan estas idiosincrasias suelen ser sumamente dinámicas. Así por ejemplo, aunque la música bossa nova, siguió siendo una forma de samba, la influencia del jazz con que se fusionó, la hizo muy distinta. En este sentido la “identidad cultural” dista mucho de ser una entelequia metafísicamente invariante: “la identidad no es esencia, sino historia”... dice Octavio Paz.

En verdad, la creatividad de las manifestaciones culturales son siempre fluctuantes: con momentos estelares que luego se apagan... para volver a veces a reaparecer. Recuerdo cuando fui por primera vez al Brasil y me enamoré perdidamente del bossa nova. En las noches oía a jóvenes cantautores, como Nara Leao y Edu Lobo, oía canciones de George Bem, de Jobim, de Joao y Astrud

Gilberto, y escuchaba las maravillas musicales de Baden Powell con su guitarra, una caja de fósforos pegada al micrófono y un metrónomo. Y a la mañana siguiente en la playas de “Punta do Arpeador” oía tatarrear las mismas canciones a las longuilíneas garotas de Ipanema, a los mozos y mesoneras de un local que se llamaba O Castelinho, y a las “nanas” que paseaban elegantes bebés en sus coches. Esta samba con influencia do jazz, que cruzaba todas las edades y clases sociales cariocas, esta especie de “identidad nacional” de la música popular brasilera entonces sobreabundante en Río (a mis ojos de turista) era para mí algo mágico e inexplicable que me produjo una impresión imborrable.

Quince o veinte años después, regresando a Brasil, esta maravilla había cuasi desaparecido. Parecía haberse cumplido la triste profecía de la canción: “Pobre samba meu. Foise mixturando se modernizando e se perdeu”. Solo que esto ocurrió en un sentido inesperado: aquí no se trataba “da influencia do jazz” en el samba, sino del simple aplastamiento de la música brasilera, por parte de la música más crudamente norteamericana. ¿Qué sucedió? ¿En quince o veinte años los brasileros habían “perdido su identidad cultural”? Más probable es la explicación de que las diversas circunstancias y disposiciones de ánimo creativo son recurrentemente fluctuantes: vienen, se van, vuelven a venir, etc.

Lo análogo pareciera observarse viendo con mis ojos de extranjero la arquitectura moderna brasilera. En distintas fases de los años 1930-60, esta arquitectura vivió momentos estelares cuyas obras nos maravillan hasta hoy. Pero tales momento pareciera que hoy están en receso. Y no es que la calidad arquitectónica haya desaparecido: la remodelación de la Pinacoteca de Sao Paulo hecha por Mendez da Rocha, que ganó el Premio Mies 2002, parece ser una obra maestra¹. Pero no es lo mismo: en ella no brilla esa modernidad

¹ Por lo que me han contado y las fotografías y planos que he visto; no me siento seguro de mi opinión sin haber estado en la obra.



arquitectónica tan asertiva e insolentemente brasilera que saltaba a la vista en sus momentos estelares.

Quedémonos hasta aquí por el momento, dejando anotado que las manifestaciones de la identidad cultural, corresponden a disposiciones de ánimo, o actitudes, que por históricas, son inherentemente fluctuantes.

3. Cambiando el ángulo de enfoque del nuestro tema, recordemos ahora que para nosotros los iberoamericanos, las cuestiones de identidad, se nos presentan inseparablemente ligadas a las cuestiones de modernidad.

Porque como ya hemos mostrado en otros trabajos, nuestra modernidad no se gestó en procesos endógenos y por así decirlo “espontáneos” como sucedió con las naciones que se modernizaron primero (las que iban inventando sus manifestaciones modernas “sobre la marcha”) sino que se gestó por el saludable “efecto demostración” de los países ya modernos, cada vez que adoptamos un modo moderno, no sabemos si se trata de una auténtica manifestación nuestra, o si estamos haciendo la mimesis simbólica de un fetiche de modernidad que despierta nuestra más acritica admiración. Durante siglos las elites chilenas confundieron “ser moderno” con “ser a la francesa” y más tarde con “ser a la norteamericana”. Y no me refiero a dejar de aprovechar las muy ricas lecciones que podemos aprender de naciones más desarrolladas que nosotros y que se modernizaron antes: al contrario, ese es un patrimonio precioso en el ámbito de lo civilizatorio², pero que opera de un modo muy distinto en el ámbito de lo cultural donde radica el trasfondo de la identidad.

¿Es “moderno” hacer en Santiago de Chile edificios con muro cortina de cristal, sin protección solar alguna, en un entorno cuya radiación equivale a la de Marrakesh en el norte de África (33° de latitud)? Para muchos entre nosotros, este absurdo es un símbolo de modernidad para lucir con orgullo (¿?). Los

negativos efectos que provocan estos verdaderos “acumuladores de calor” que son los curtain wall, suelen ser malamente contrarrestados con oneroso dispendio de aire acondicionado y energía, en algunos llamados “edificios inteligentes” porque manejan este dispendio a base de ordenadores. Y así este ridículo modo de malentender la modernidad nos lleva a que... mientras más estúpidos³ seamos los arquitectos, mas “ineligentes” tienen que ser los edificios.

De aquí que estas reflexiones sobre nuestra identidad cultural, nos llevan más temprano que tarde a la reflexión sobre la modernidad. Cuando eso me sucedió a mí hace ya décadas, me vi enfrentado a revisar el tema, haciendo lo que hoy se llamaría una “reingeniería” de los conceptos de modernidad.

¿Qué es la modernidad? En escritos anteriores la hemos caracterizado como el desafío histórico de transitar desde un orden recibido hacia un orden producido⁴.

Esta caracterización pone a la vista el meollo mismo de la actitud moderna: la aspiración a un mayor rango de cuestionamiento crítico y de libertad, y la consecuente aspiración a una participación más activa en el ordenamiento y mejoramiento del mundo... ir de una cosmovisión de orden recibido a una de orden a ser producido.

Y así, esta caracterización tan simple y potente, ordena las cosas de partida; ya que a su luz, salta a la vista por ejemplo que copiar acriticamente el curtain wall norteamericano sin previamente “apropiarlo” a nuestra realidad, es en verdad, someterse a un orden recibido : una actitud anti moderna

Con esta suerte de “reingeniería” del concepto de modernidad, nos percatamos de que ella consiste fundamentalmente en una actitud frente a la propia realidad: ser auténticamente moderno implica la actitud de pensar y actuar apropiadamente desde y para la realidad.

² Empleando las categorías de lo civilizatorio y lo cultural de Alfred Weber.

³ “Estúpido”: en jerga cibernética, ente que no modifica su conducta ante las variaciones de su realidad.

⁴ Esta definición es de Marcel Gauchet, citado en LECHNER, Norbert: *Subjetividad y Política*. Fondo de Cultura Económica, 1990, Chile.



Esta actitud es la que llamamos, actitud de asertividad cultural, que redundará en una modernidad siempre apropiada.

4. ¿Cómo favorecer el despertar de esta actitud de asertividad cultural?

La asertividad cultural es una actitud sana ... consecuentemente su contrario, la enajenación cultural, puede verse como una actitud enferma. Y según lo que he experimentado y visto, un buen modo de despertar la actitud sana de asertividad cultural, es atacar y poner en evidencia la actitud enferma de la enajenación: tomar conciencia de la patética fatuidad de nuestras ridículas enajenaciones.

Al adoptar este enfoque, me percaté de que nuestras enajenaciones arquitectónicas suelen ir ligadas a nuestro anhelo de ser modernos; pero un anhelo malentendido entre los arquitectos como el de estar a la moda de las manifestaciones de modernidad de otras sociedades más desarrolladas que las nuestras: otras sociedades, otras historias, otras realidades. Es decir, un anhelo de pseudomodernidad “de los dientes para afuera” que origina nuestras enajenaciones arquitectónicas. Por ello me centré en el tema más tangible de encontrar manifestaciones concretas de nuestras enajenaciones culturales, para ponerlas en evidencia: poner en evidencia la “enfermedad” para que por contrapunto resalte la “sanidad”

Un buen ejemplo de esto se aprecia en la fotografía adjunta (1) de una casa colonial de campo, situada en “Lo Orrego Arriba” en el Valle Central de Chile. Esta casa, de nobles muros de adobe y cubierta de tejas de arcilla, cuando se hizo originalmente, era de una arquitectura muy apropiada al clima, los usos y costumbres y las tecnologías disponibles en el Chile de entonces. En este sentido, esta arquitectura era auténticamente apropiada... desde y para su realidad.

Esta autenticidad, fue ridículamente desfigurada a comienzos del siglo XIX, cuando la casa fue pseudo modernizada sobreponiéndole un frontón de tablitas pintadas imitación estuco neoclásico “a la francesa”. Esta pseudo modernización “estilo

francés” es igualmente patética como fueron más tarde las copias del fetiche del hormigón visto “a la Corbusier” (otro modo de “estilo francés”) en la protomodernidad chilena, cuando entre nosotros, todavía una sociedad pre-industrial, empleamos la tecnología del hormigón visto para aplicar el anhelo moderno de coherencia entre estética y tecnología... con una tecnología inexistente entre nosotros. A diferencia de lo que ocurrió por ejemplo en Colombia, cuando un discípulo de Corbusier como fue Rogelio Salmona, en vez de copiar literalmente el fetiche moderno del hormigón visto, respondió al anhelo moderno de coherencia entre tecnología y estética, a base de una tecnología muy real y concreta de Colombia: la excelencia de la tecnología ladrillera de Bogotá. Generando así la magnífica arquitectura ladrillera bogotana que llegó a ser paradigmática: no un orden recibido enajenante, sino un orden producido desde y para la propia realidad: una arquitectura auténticamente moderna.

Con esta “reingeniería” del concepto de modernidad, queda claro que la pseudo modernización enajenante “a la francesa” que se le hizo a las casas de Lo Orrego arriba, es la servil adopción de un orden recibido; al igual como nuestra copia del hormigón visto corbusiano en el Chile preindustrial de comienzos de siglo XX; y al igual que nuestros actuales curtain wall contemporáneos: se trata



de pseudo modernidades en verdad anti modernas. Y queda claro que la actitud sana de Salmona y otros arquitectos colombianos, si que fue auténticamente moderna.



A raíz de esta toma de conciencia, pergené a fines de los 1970s en el SAL5 de Manizales, Colombia, el concepto de modernidad apropiada a la realidad propia... desde y para ella. Concepto que desde entonces ha tenido bastante aceptación en América Latina.

En el Chile de hoy (2004) ante estas tomas de conciencia, y junto con otras circunstancias de confianza en nosotros mismos y nuestro futuro, sazoadas con una saludable dosis de humildad (realismo) sobreviene en uno, una sana y potente reacción contra la enajenación cultural –que es un problema originado en y por nosotros mismos⁶– y así quedamos autocriticamente maduros... para que surjan en nosotros actitudes de asertividad cultural.

5. Enajenación y apropiación: algunos ejemplos chilenos.

Como se sabe los curtain wall hoy tan populares en todo el mundo los hizo por primera vez Mies van der Rohe en los edificios Lake Shore Drive de Chicago a comienzos de los 1950s. Ellos son una obra maestra respecto del anhelo moderno de coherencia entre tecnología y estética. Como salta a la vista en la foto 2 (construcción) y la foto 3 (fachada terminada) en que se ve la estructura de los edificios durante su construcción y luego la apariencia estética de sus fachadas una vez terminados

los edificios: la coherencia entre tecnología y estética es evidente.

Exactamente lo inverso es lo que se aprecia en la fachada terminada de un edificio en Santiago de Chile (foto 4) cuya fachada de curtain wall es bastante parecida a la de los edificios de Mies. En la imagen siguiente de la estructura de este edificio santiaguino, mientras estaba en



construcción (foto 5) se aprecia la absoluta incoherencia entre la pesada tecnología real de hormigón aplicada para contrarrestar los terremotos chilenos, y la apariencia estética de un curtain wall “de delicado acero y cristal”



enajenado de nuestra realidad, que aparece en sus fachadas. En vez de tener la asertividad cultural de sacar partido estético de las características tecnológicas estructurales que exige nuestra realidad sísmica, el arquitecto disfrazo al edificio de “moderno”, negando avergonzado su realidad... al modo de la mona vestida de



seda. Es lo que llamamos una actitud de enajenación cultural.

⁵ SAL. Seminarios de Arquitectura Latinoamericana.

⁶ Y no de malévolas potencias extranjeras como gusta suponer nuestra quejosa autocompasión latinoamericana



Pero nuevamente al contrario, también en Chile tenemos un ejemplo magnífico de coherencia entre la tecnología estructural que nuestros terremotos exigen para absorber los esfuerzos horizontales y las torsiones que ellos provocan, y su expresión estética en sus fachadas es el caso del edificio “Manantiales” de los arquitectos Izquierdo, Lehmann, Lira y Peñafiel. Su coherencia entre tecnología y estética es tan notable, que basta una sola foto para ilustrarla (foto 6). Este edificio que fue finalista en el Premio Mies van der Rohe el año 2002, es un caso muy auspicioso de lo que estamos llamando la actitud de asertividad cultural.

Otro ejemplo es el caso del edificio “Montolín” que en los 1980s proyectamos en mi oficina. Este edificio, respondiendo a las realidades que imperan en Santiago con su alta radiación solar (33° latitud Sur) tiene sus fachadas diferentes según la protección solar requerida por cada orientación. A continuación se ilustra tres de las cuatro fachadas del edificio (ver fotos 7, 8 y 9.) La fachada norte, que en el hemisferio sur es la más asoleada (foto7); la fachada poniente que da a la calle (foto 8) y la fachada sur, que prácticamente no recibe radiación solar y tiene su curtain wall de cristal, sin ninguna protección.

La fachada norte, queda protegida por un enrejado transparente de celosías que una vez terminado el edificio, se plantaron con enredaderas vegetales de hoja caduca, que se comportan acorde a las estaciones del año: son muy frondosas en el verano cuando se necesita que generen más sombra, y casi desaparecen en invierno cuando el calor solar es bienvenido. En la foto 10 (ver) se aprecia este curtain wall vegetal cuando está creciendo. Y la fachada poniente (ver foto 11) esta protegida por el potente muro estructural perforado sesgadamente por ventanas que quedan protegidas por la sombra que la propia estructura arriotrante les proporciona.

6. En síntesis.

Siendo la arquitectura una manifestación desde y para la naturaleza humana, los aportes de la sociología, de la historiografía arquitectónica, y de la historia en general, son esenciales para entender sus fenómenos. No obstante lo anterior, la tarea de los arquitectos diseñadores en cuanto a la identidad –crear una arquitectura apropiada desde y para cada realidad– requiere de enfoques diferentes a los de sociólogos e historiadores. En lo fundamental, una actitud de asertividad cultural, entendida como la aceptación creativa de las ventajas y carencias de cada sociedad, acorde con sus valores y peculiaridades. Una actitud de contemporaneidad apropiada que en algunas sociedades aparece espontáneamente, y que en las que esto no sucede, puede ser despertada mediante poner en evidencia las negatividades de la actitud contraria: la enajenación de quien trata de



parecer lo que no es.

Los arquitectos debemos tener presente que la identidad cultural no es una esencia racional “a buscar y encontrar”, sino una fenómeno vivencial que se va creando en el devenir



social; de aquí que cuando la actitud de asertividad cultural florece en una sociedad,



Seminario de Arquitectura Latinoamericana

México, Oaxtepec Morelos



se hace posible que cada arquitecto enfrentado a su tarea concreta caso a caso, vaya resolviendo integralmente su problema arquitectónico.

Glosando la sabiduría evangélica:

...buscad con humildad (realismo) e imaginación creadora, la apropiación y belleza desde y para vuestra realidad... y la modernidad e identidad, se os darán por añadidura...